

LA AVENTURA SURREALISTA EN LAS ANTILLAS

Por E. F. Granell

Debo confesar mi gozo redactando estas líneas para el catálogo de la exposición surrealista del Centro Atlántico de Arte Moderno de Las Palmas de Gran Canaria.

Es la segunda vez que por similar razón vengo a este archipiélago. Hace cinco años, mi amigo el poeta Carlos Pinto había organizado en Tenerife una exposición de mi obra —palabra que escribo con letra minúscula, en vez de mayuscularla como Juan Ramón Jiménez—. Ahora hace más de medio siglo que en este paraje oceánico se dieron la mano y trabajaron juntos los surrealistas llegados de Francia y los canarios.

Oscar Domínguez comenzaba a ser conocido en todo el mundo y aquí se publicaba la revista *Gaceta de Arte*, que fundaron Eduardo Westerdahl y sus amigos Domingo López Torres, Domingo Pérez Minik y Pedro García Cabrera, una de las publicaciones más prestigiosas del movimiento surrealista. Yo recuerdo la honda impresión que me causaron los dibujos fantásticos del escritor y pintor Pérez Galdós cuando los vi reproducidos en la edición que de *Miau* hizo la editorial de la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras. Igual emoción siento al oír las folías de estas tierras que las folías de Juan Sebastián Bach.

Por encima de todo, se me hace imposible apartar de mi memoria las atrocidades cometidas aquí por la insurrección fascista de 1936, a cuyas víctimas simbolizan el martirio y el fusilamiento por los falangistas del gran poeta Domingo López Torres.

Poco tiempo antes, André Breton y su mujer, Jacqueline, junto con Benjamin Péret y en colaboración con sus anfitriones canarios, habían presentado en Tenerife la primera exposición internacional surrealista fuera de la pequeña geografía europea. A la distancia temporal de hoy, aquel encuentro se manifiesta como habiendo sido un ensayo del encuentro que los surrealistas europeos habrían de efectuar con los del mar de las Antillas. Breton participó en ambos acontecimientos.

Su libro *Le surréalisme et la peinture* contiene dos pasajes que si-

guen manteniendo un interés muy particular. A más de ser iluminadores respecto al cambio de rumbo que se estaba operando en las artes, descubren un tejido recamado de augurios. Esos pasajes se refieren a la profundización de la capacidad visual de la pintura en nuestro tiempo, y a los mundos viejo y nuevo de la historia y de la creación artística.

Este libro de Breton despliega ideas de una importancia trascendental para la exploración profunda de los rincones y tragaluces del espíritu, así como para una más dilatada comprensión del fenómeno poético —considerando la poesía en su más amplia dimensión, y no sólo habitante en los abusados moldes de la versificación—. Esta obra se mantiene aún solitaria en el alto nivel que alcanzó el día de su publicación, sin ninguna otra que le sea equiparable.

El primer párrafo es el siguiente:

«El ojo existe en estado salvaje. Las Maravillas de la tierra a treinta metros de altura, las Maravillas del mar a treinta metros de profundidad apenas tienen por testigo al ojo apocado que para los colores lo refiere todo al arco iris. Ese ojo preside el convencional cambio de señales que, al aparecer, exige la navegación del espíritu.»

El otro pasaje, inicial del capítulo «Génèse et perspectives du surréalisme», dice así:

«Como Colón, que yendo a descubrir las Antillas se creía en la ruta de las Indias, el pintor del siglo veinte se encontró en presencia de un nuevo mundo antes de haberse apercebido de que podía salir del antiguo.

Este mundo antiguo era el de la representación de la naturaleza conforme a la percepción visual más o menos influida por la emoción. Con raras excepciones, las más de



Eugenio F. Granell, *El vuelo nocturno del pájaro Pi*, 1952.

las veces determinadas por la tradición oculta o por el misticismo religioso, el artista continuaba prisionero de la percepción externa sin prever ningún otro medio de evasión.»

Tampoco Breton, al escribir esas líneas, podía apercibirse de que estaba anticipando un significativo curso ulterior de la pintura surrealista, del surrealismo en general y de su propio destino.

El primer texto corresponde a la edición del libro. Apareció en 1928 (París). El segundo, que lo amplía, en Londres, 1941. Este fue el año del viaje de su autor hacia el destierro.

Breton había estado en América en 1938. Viajó a México para entrevistarse con León Trotsky, quien, dos años más tarde, perecería asesinado por un agente comunista español a las órdenes de Stalin. Pero cuando Breton se embarcó con su familia y amigos rumbo a la Martinica en 1941, sí era consciente, al contrario de Colón, de que, distanciándose de las amenazas de la guerra hitleriana, no sabría —como ningún intelectual libre— de

qué modo evadir las asechanzas criminales del estalinismo, con las que muchas veces se había enfrentado.

El hecho es que los surrealistas, con su poesía escrita o pintada, que lo mismo da, llegarían, en efecto, al Nuevo Mundo; o, mejor, a los nuevos mundos de la geografía y del espíritu. La incertidumbre del destino de esos viajeros contrastaba con la convicción de que al fin disponían del medio que les permitiría ver más y mejor. Ahora el artista contaba, además de con los ojos de la cara, con los que cada cual lleva «en las entrañas dibujados», según Juan de la Cruz acertó a definirlos. Estaba así en condiciones de que, superponiendo ambos, se tornaba visible el castillo interior y se hacía posible la exploración de sus interminables corredores y moradas.

Mientras el arte abandonaba el modelo sensorial de la naturaleza, la naturaleza iniciaba el curso de su ruina bajo el doble ataque de las fuerzas, aún incontrollables, de la guerra y la industrialización. El concurso de ambas determina que la muerte a



Eugenio F. Granell, *El vuelo diurno del pájaro Pi*, 1952.

mansalva y los productos innecesarios lanzados al mercado paralicen el ánimo y aniquilen la imaginación, que es cuanto el surrealismo exalta sin cesar.

La aventura surrealista que tuvo por escena el mar Caribe se produjo en un instante en el que aún era posible ampliar el mapa de los viajes del espíritu aludidos por Breton. Poco resta para el cierre de ese alivio. Lo más de la creación artística actual pertenece mejor a los intereses venales de la industria que a la imaginación poética, de la que se envanece en volverle la espalda con la más cínica pachorra avidollarense.

Los surrealistas que alcanzaron las playas antillanas en los años cuarenta —yo entre ellos— habíamos sido empujados a ese azar por el imperio de las circunstancias, según el pintor y escritor José Moreno Villa lo expresó en México cabalmente

«No vinimos aquí,
nos trajeron las ondas»,

líneas que se repiten como estribillo del exilio. Cuando en 1935 vinieron a las islas Canarias los surrealistas franceses, en colaboración con sus amigos canarios erigieron un arco de triunfo albriciador de los cambios más faustos. Sobre todo, los concernientes a la superación del precario vivir del individuo humano y de su descuajeringada existencia social.

De súbito, el estrépito guerrero suspendió todas las ilusiones. Cuanto había sido placentero con motivo de la exposición surrealista en las islas Canarias se repitió un lustro más tarde, sólo que sorteando durísimos azares y bajo el sentimiento aturdidor que mezcla, confundiéndolas, nostalgias y esperanzas. A veces la

historia rueda más veloz que el vehículo de los deseos humanos. Como suele suceder con cada acción colectiva surrealista, el grupo de mujeres y hombres que, procediendo de Marsella, llegó en 1941 a la Martinica, era sólo un fragmento del amplio muestrario internacional de ese movimiento. André Breton, su mujer Jacqueline y Aube, la hija de ambos, eran franceses. Asimismo lo eran André Masson, Pierre Mabilie y Claude Lévi-Strauss. Victor Serge era belga, y ruso su hijo Vlady; y Anna Seghers, la novelista que los acompañaba, era alemana. Wifredo Lam era cubano.

El grupo esperaba difícilmente en la Martinica alcanzar otros parajes. La isla se estaba convirtiendo en un campo concentracionario para los recién llegados. Yo sólo conocía a Wifredo Lam y al hijo de Serge, Vlady. Me lo había presentado años antes, en París, el escritor del POUM Narciso Molins y Fábregas. Fue en la calle Vercingétorix —nombre insuperablemente patriótico—, donde Vlady vivía con Sacha Vierny, que habría de filmar la película *Hiroshima*, y su mujer, Dina, por entonces la modelo del escultor Maillol.

Lam instruía a Vlady en los secretos del arte de pintar, y de éste conservo, como de Lam, algunas reliquias; para mí, trofeos. De Vlady, sobre todo, dos retratos de Breton hechos en la isla. Uno un dibujo y un óleo el otro. Y de Lam, un paisaje no surrealista que fue una lección a su joven amigo.

En la Martinica fue donde Breton conoció y dio a conocer al poeta Aimé Césaire, quien con su amigo René Ménil había fundado la revista *Tropiques* el mismo año de la llegada de Breton y sus compañeros a la isla. La actividad creadora del grupo formado por los exiliados procedentes de Europa y los americanos aumentó considerablemente desde el primer encuentro. La pintura y la poesía surrealistas dejaron, en este afortunado encuentro antillano, algunos de sus frutos mejores. Al mismo tiempo sembraron en la nueva tierra la semilla que, en el terreno del espíritu, competía en su fecundidad con los dones prodigiosos de la selva.

El libro *Martinique charmeuse de serpents*, de Breton, es un homenaje a la elementalidad de las maravillas naturales, que aún en parte subsisten. Masson colaboró en el empeño con la magia evocadora de sus dibujos. Y en cierto instante, el poeta y el pintor —o ambos poetas, o los dos pintores— entonan un diálogo que deviene cántico a la solemnidad de la naturaleza primordial.

Después de las vicisitudes sufridas en la isla, los exiliados europeos se disgregarán por las rutas diversas de la enorme geografía americana. Lévi-Strauss parte para el Brasil, donde escribirá *Tristes tropiques*. Jean Hélion, que creo recordar formaba parte del grupo, se embarcó hacia la Argentina, y Masson, a los Estados Unidos, en donde se uniría a los demás surrealistas salvados del acoso nazi por la generosidad de los intelectuales estadounidenses. El Caribe recobró la función tradicional cumplida por siglos: volvió a ser la plataforma que distribuía a los improvisados navegantes por el continente americano.

Sólo Lam, cubano, retornaba a su tierra. Con él llegaron a la República Dominicana Breton con su familia, el doctor Pierre Mabilie con los amigos Anna Seghers y Victor y Vlady Serge. Breton regresaría al país pasado un lustro, pero las noticias biográficas omiten siempre este episodio de su vida, sólo explicable por el tradicional desdén galo hacia cuanto no lo es si está fuera de Francia.

Breton y Mabilie accedieron a que les hiciese entrevistas para *La Nación*, el periódico en el que yo trabajaba. Breton se dolía de la suerte incierta de Benjamin Péret, Max Ernst y de cuantos permanecían en Francia. Dijo que Otto Abetz le había ofrecido carbón a Picasso, que no lo aceptó. Lamentó el exceso de colaboracionismo intelectual con el nuevo régimen y reconoció el valor denotado por Gide y otros negándose a tal colaboración.

En espera de proseguir su camino, pasábamos horas hablando en el café. O bien dibujábamos algún *cadavre exquis*, de los que retuve tres o cuatro y sólo doy con uno. Breton se interesó por la vida de los refugiados españoles y judíos. De aquéllos conoció y elogió la obra del pintor Gausachs y del escultor Manolo Pascual. Me dejó un libro de Bataille, cuya obra me dijo interesarle mucho.

Hablaba con entusiasmo de su estancia en la Martinica y de la creación poética de Césaire, así como de su revista. Un día, desenrollando un papel que llevaba consigo, me mostró un *gouache* de Wifredo Lam. Era una extraña gran cabeza diseñada con enérgicos trazos e igual cromatismo. Consideraba a Lam muy altamente y me refirió que era el pintor que más le interesaba a Picasso. Vino a mi estudio y me dijo que mi pintura era *très forte, très espagnole*.

En la entrevista que le hice Breton me pidió que le formulara escritas las preguntas, y gracias a ello poseo el manuscrito.

Breton regresó a la isla en 1946 para encontrarse con Elisa, que venía de Chile. Ambos pasaron algunos días en Santo Domingo. Como él llegaba de Haití, traía varias obras del pintor vudú Héctor Hyppolite, que me mostró apoyadas contra las sillas y la pared.

Un día Breton quiso conocer al grupo que hacíamos la revista *La Poesía Sorprendida*. Conoció a todos menos a Alberto Baeza Flores, que se encontraba en Cuba: Manuel Llanes, Rafael Américo Enríquez, Aída Cartagena Portalatín, Franklin Mieses Burgos, Antonio Fernández Spencer, Manuel Valerio, Freddy Gatón Arce, H. Ramírez Pereira y J. M. Glass Mejía, amigos a quienes nombro porque, lo mismo que a la revista, la literatura surrealista nunca los tiene en cuenta. Sin embargo, Gatón Arce, por ejemplo, escribió el poema *Vlía*, de una belleza raramente igualada. Breton mismo nos dijo: «Esta labor hay que darla a conocer en Europa. Pueden ustedes estar seguros de que en Hispanoamérica no existe una revista de tan noble calidad.» En similares términos se expresó Juan Ramón Jiménez.

En Santo Domingo no decayó nunca el interés por la visita

surrealista de los años cuarenta, ni por la importancia de *La Poesía Sorprendida*. Aún hoy la prensa y la literatura se ocupan de ambas experiencias. Escritores afines al surrealismo, como el chileno Alberto Baeza Flores y el profesor rumano Stefan Baciú, de la Universidad de Hawai, no interrumpen escribir sobre el surrealismo en la prensa hispanoamericana. Así lo denotan las obras de Baeza y de M. Lebrón Saviñón *La poesía dominicana en el siglo XX* y la *Historia de la cultura dominicana*, así como la *Antología de la poesía surrealista latinoamericana*, de Baciú. Esta última la exaltó Octavio Paz cumplidamente, y en un epígrafe de la misma dice: «Ignoro cuál será el porvenir del grupo surrealista; estoy seguro de que la corriente que va del romanticismo alemán y de Blake al surrealismo no desaparecerá. Vivirá al margen, será la *otra voz*.» Estoy de acuerdo. Esa *otra voz* proseguirá viva al tiempo que irán apagándose otras, tanto adeptas como renuentes.

La salud poética dominicana permanece incólume. Su mayor representante actual es el pintor Ivan Tovar, que retornó a su tierra después de vivir varios años en París.

A mi llegada a Santo Domingo, el general Trujillo era considerado como un héroe nacional. Había reconstruido el país, devastado por un violento ciclón. Cuando me ausenté, el héroe había vuelto uno de los más ferozmente sanguinarios dictadores militares latinoamericanos, con no poca responsabilidad en ello de los Estados Unidos, que le habían amamantado. Me vi forzado a irme porque un rasgo de mi carácter, ya desde mi infancia, es que no me gusta ser matado —aforismo que no encuentro en La Bruyère—.

De la República Dominicana pasé a la de Guatemala, deseo que Cervantes no pudo satisfacer. La historia se permite humoradas como ésta. Me encontré con viejos amigos exiliados. Tuve la suerte de conocer al pintor Carlos Mérida y a la poeta costarricense Eunice Odio, ambos muy afectos a la condición surrealista. Conocí también al poeta Luis Cardoza y Aragón, de quien cuidé la edición de su libro *Pequeña sinfonía del Nuevo Mundo*.

Hablando con Cardoza me dijo que se iba a México y que vería a Juan Larrea, que tenía a su cargo la gran revista *Cuadernos Americanos*. Entonces recordé dos cosas: recordé una estimación de Larrea que le había oído a Breton: «Era el más dotado entre nosotros», me dijo. Y me instó a que le mandase algo de su parte, y fotos. Cardoza le llevó un pequeño trabajo mío sobre el *Guernica*, de Picasso, que me devolvió a su regreso porque, según Larrea, ya él había escrito todo lo que se podía decir acerca de dicha pintura. De los artistas guatemaltecos, Miguel Alzamora me sorprendió altamente por su personal grande imaginación. Con él y otros organizamos una exposición. En ella participó el cubano Eduardo Abela, que era el embajador de Cuba y había abandonado su temática cubana para desarrollar en sus telas la belleza que surge de la espontaneidad.

Otro amigo a quien hallé después de la revolución española fue A. Vargas Romero. Habíamos sido condiscípulos en el Con-

servatorio de Madrid. Un día se me ocurrió felicitarlo por ser el director de Bellas Artes, siendo un refugiado como yo, y le pregunté por qué unas veces podíamos charlar largamente, al vernos en la calle, y otras veces pasaba de largo y no lo hacíamos. Vargas me reveló no ser español sino guatemalteco, y aclaró que cuando hablaba conmigo era él, y cuando no me hablaba ni pío era su hermano gemelo. Lo cual demuestra que, por mucho que se parezcan, los gemelos pueden ser muy distintos entre sí. Apotegma éste que tampoco encuentro en La Bruyère.

Tras un período de intensa labor durante el disfrute de la democracia en Guatemala, los comunistas tomaron el control del poder y una de sus ideas prácticas fue la de hacerme la vida imposible. Perseguido, y a fin de impedirles lograr su propósito, mi familia fue protegida por el embajador de Italia, un socialista, y yo pasé a la embajada belga, con otro socialista. Luego nos juntamos en la del Brasil, cuyo embajador era un liberal. De allí pasamos a Puerto Rico, en cuya Universidad me acogió el rector, Jaime Benítez.

Nuestra llegada a Puerto Rico no pudo ser más intelectual. Los chicos que vendían la prensa gritaban: «¡Descartes regresó de París!». Además, era el día de los Reyes Magos. Yo estaba entusiasmado, pero el Descartes voceado no era mago. Era un senador.

Mucho cabría decir del surrealismo en Puerto Rico, pero me limitaré a mencionar a los artistas de entonces, con los cuales hicimos una exposición: R. Alberty (no el estalinista), O. Bravo, C. Crespo, Francés del Valle, R. Ferrer, J. L. García, J. Lima, G. López, Rosado del Valle, Ruiz de la Mata, V. Sánchez, Nieves Serrano, L. L. Solla, Virginia Vidich Cossette Zenov, y L. A. Maisonet.

Tuve la tristísima noticia de que el pintor Miguel Alzamora, de Guatemala, había sido muerto de un tiro en la cabeza en un mitin estalinista. Era como un príncipe. Se dijo que había sido una casualidad. Otra es que era el único que compartía mis ideas trotskistas. (Me había regalado el núm. 10 de *Minotaure*, que tiene la portada de Magritte.)

Como dice el refrán periodístico, «Donde no hay espacio, no caben más líneas.» *Ergo, finis.*▲

N O T A S :

* Este texto pertenece al catálogo de la exposición inaugural del CAAM sobre «El surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo».